

LA CARRETA DE BUEYES

San Sebastián, 28 de julio.

El 27 de julio de 1843, á las diez y media de la mañana, en el momento de entrar en España, entre Bidart y San Juan de Luz, en la puerta de una pobre posada, volví á ver una vieja carreta de bueyes española. Quiero significar con ello la pequeña carreta de Vizcaya, con dos bueyes y dos ruedas macizas sin radios que dan vueltas con el eje y hacen un ruido tremendo que se oye en la montaña á una legua de distancia.

No os sonriáis, amigo mío, del tierno interés con que tan minuciosamente registro este recuerdo. ¡Si supierais cuán agradable es para mí ese ruido tan horrible para todo el mundo! Él me recuerda otros venturosos años.

Yo era aun pequeñito cuando atravesé esas montañas y cuando lo oí por primera vez. Ayer, así que repercutió en mi oído, nada más que oyéndolo, me sentí súbitamente rejuvenecido, y me pareció que toda mi infancia revivía en mí.

No sabría explicaros por qué extraño y sobrenatural efecto mi memoria estaba fresca como una mañana de abril; todo volvía á representármese á un tiempo: los menores detalles de aquella época dichosa se me aparecían límpidos, luminosos, como alumbrados por el sol naciente. A medida que la carreta de bueyes se aproximaba con su música silvestre, volvía á ver distintamente aquel encantador pasado, y me parecía que entre aquel pasado y hoy no mediaba tiempo alguno. Era ayer.

¡Oh! ¡Qué época tan hermosa! ¡Qué dulces y resplandecientes años! Yo era un niño, yo era pequeñito, yo era amado. No tenía aún la experiencia, pero tenía á mi madre.

Los viajeros que iban conmigo se tapaban los oídos; yo tenía el encanto en el corazón. Jamás un coro de Weber, jamás una sinfonía de Beethoven, jamás una melodía de Mozart lograron hacer sentir á un alma todo cuanto despertaba en mí de angelical y de inefable el discordante chirrido de aquellas dos ruedas mal engrasadas por un sendero mal pavimentado.

La carreta se alejó, el ruido fué debilitándose poco á poco, y á medida que se alejaba en la montaña, la deslumbradora visión de mi infancia se apagaba en mi imaginación; luego todo fué borrándose, y cuando la última nota de aquel canto armonioso para mí solo se hubo desvanecido en la distancia, me sentí caer bruscamente en la realidad, en el presente, en la vida, en la noche.

¡Bendito sea el pobre boyero desconocido que tuvo el poder misterioso de hacer brillar mi pensamiento y que, sin saberlo, hizo aquella mágica evocación en mi alma! ¡Dios acompañe al transeunte que regocija con inesperada claridad el sombrío espíritu del soñador!

Amigo mío, esto ha colmado mi corazón. Por hoy no os escribiré nada más.

DE BAYONA Á SAN SEBASTIÁN

29 de julio.

Partí de Bayona al amanecer. El camino es delicioso; corre por una alta meseta, viéndose Biarritz á la derecha y el mar al horizonte. Más cerca, una montaña; más cerca todavía, una gran charca verde donde un niño completamente desnudo abreva á una vaca. El paisaje es magnífico; cielo azul, mar azul, sol deslumbrador. Desde lo alto de una colina un asno contempla todo aquello:

En el muelle abandono
De un sabio mandarín que come cardos.

Divísase un hermoso castillo Luis XIII, el último que posee Francia hacia este lado del mediodía.

En Bidart, cambio de caballos. Noto en la puerta de la iglesia una especie de extraño ídolo, venerado ahora lo mismo que antes: dios para los paganos, santo para los cristianos. El que no piensa necesita fetiches.

San Juan de Luz es un pueblo encaramado entre las sinuosidades de la montaña. Un pequeño palacio con torrecillas, por el estilo de las del palacio de Angulema en el Marais, fué construído, sin duda, por Mazarino en tiempo de Luis XIV.

El Bidasoa, hermoso río de nombre vasco, parece que forma la frontera de dos lenguas como de dos países y que guarda la neutralidad entre el francés y el español.

Atravesamos el puente. A la extremidad meridional detiénese el coche. Pídenos los pasaportes. Un soldado con pantalón de tela roto y con chaqueta verde remendada de azul en el codo y en el cuello aparece á la portezuela. Es el centinela; ya estoy en España.

Ya estoy en el país donde se pronuncia *b* por *v*; lo que extasiaba á aquel borracho de Escaligero: *Felices populi*, exclamaba, *quibus vivere est bibere*.

Ni siquiera me he fijado en la isla de los Faisanes, donde la casa de Francia se unió con la casa de Austria; donde Mazarino, el atleta de la astucia, luchó cuerpo á cuerpo con Luis de Haro, el atleta del orgullo. Entre tanto, una vaca pastaba la hierba; ¿es por ello menos grande el espectáculo? ¿Ha perdido por ello la pradera? Maquiavelo diría que sí; Hesiodo diría que no.

No se ve ni un faisán en la isla. Aquella vaca y tres patos representan á los faisanes; comparsas alquilados, sin duda, para desempeñar aquel papel á satisfacción de los viajeros.

Es la regla general. En París, en el Marais, no hay lagunas; en la calle de los Tres Pabellones, no hay ningún pabellón; en la calle de la Perla, hay mujerzuelas; en la isla de los Cisnes, no hay más que zapatos naufragados y perros despanzurrados. Cuan-

do un lugar se llama la isla de los Faisanes, hay patos. ¡Oh, viajeros, curiosos impertinentes, no lo olvidéis!

Estamos en Irún.

Mis ojos buscaban ávidamente Irún. Allí fué donde se me apareció por primera vez España, sorprendiéndome con sus negras casas, sus calles estrechas, sus balcones de madera y sus puertas de fortaleza, cuando era un muchacho francés educado en la caoba del imperio. Acostumbrados mis ojos á las camas estrelladas, á las butacas de cuello de cisne, á los morillos en forma de esfinge, á los dorados bronce y á los mármoles azul turquí, miraba con una especie de terror las grandes arquillas esculpidas, las mesas con pies salomónicos, las camas con pabellón, las vajillas de plata historiadas y ventrudas, los vidrios engastados en plomo, todo aquel mundo viejo y nuevo que se me revelaba.

¡Ay! Irún ya no es Irún. Irún es ahora más imperio y más caoba que París. No se ven más que casas blancas con postigos verdes. Se adivina que España, siempre atrasada, está leyendo en este momento á Juan Jacobo Rousseau. Irún ha perdido toda su fisonomía. ¡Oh, aldeas embellecidas, cuán feas os volvéis! ¿Dónde está la historia? ¿Dónde está el pasado? ¿Dónde está la poesía? ¿Dónde están los recuerdos? Irún se parece á las Batignolles.

Apenas si quedan todavía dos ó tres casas negras con balcones fuera de plomo. He creído reconocer, sin embargo, y la he saludado desde el fondo de mi alma, la casa que estaba frente por frente de la que ocupaba mi madre, aquella vieja casa que yo consideraba durante largas horas con tanta sorpresa y ya, á pesar de ser niño, francés y educado en la caoba, con una especie de simpatía. La casa en que

vivió mi madre ha desaparecido para una mejora.

Hay todavía en la plaza una columna antigua con las armas de España del tiempo de Felipe II. El emperador Napoleón, al pasar por Irún, se arrimó á esa columna.

Al salir de Irún, reconocí la forma de la carretera, uno de cuyos lados sube en tanto que el otro baja. La recuerdo como si la estuviese viendo. Era por la mañana. Los soldados de nuestra escolta, alegres como lo están siempre los soldados en tiempo de guerra cuando parten con víveres por tres días, subían por la carretera que asciende y nosotros seguíamos la carretera que baja.

Fuenterrabía me había dejado una impresión luminosa. Se había fijado en mi espíritu como la silueta de un pueblecillo de oro, con agudo campanario, al fondo de un golfo azul, en una extensión inmensa. No he vuelto á verlo como lo había visto. Fuenterrabía es un lindo pueblo situado en una eminencia, con un paseo de árboles debajo y el mar al lado, y muy cerca de Irún. Cosa de media legua.

El camino se hunde entre montañas soberbias por la forma, deliciosas por la verdura. Las colinas llevan casacas de terciopelo verde, ajado aquí y allá. Preséntase una casa, una gran casa con escudo de piedra en el balcón, el cual ostenta un vasto blasón que de pronto se toma por el escudo de España, tan pomposo es é imperialmente abigarrado. Una inscripción advierte: *Estas armas de la casa Solar. Año 1759.*

Un torrente flanquea la carretera. A cada instante, puentes de un arco cubiertos de yedra conmuevense debajo de una carreta de bueyes que los atraviesa. Percíbese el desagradable chirrido de las ruedas en las hondonadas.

Pocos instantes después, un individuo armado de una escopeta corre al lado de la diligencia, vestido como un hombre de los alrededores de París: chaqueta redonda y pantalón ancho de pana color de cuero, cartuchera en la cintura, sombrero redondo de hule como nuestros cocheros de punto, con esta inscripción: CAZADORES DE GUIPÚZCOA. Esto es, un gendarme.

Escolta la diligencia. ¿Hay ladrones tal vez? No es posible. ¡Salimos apenas de Francia! Y nos encargamos de hombros. Entre tanto entramos en una aldea. ¿Cómo se llama este sitio? Astigarraga. ¿Qué es este largo carruaje pintado de verde en la puerta de la posada? Es el coche correo. ¿Por qué está detenido, desenganchado y descargado? Está descargado porque ya no tiene carga; desenganchado porque ya no tiene caballos; detenido porque ha sido detenido. ¡Detenido! ¿Por quién? Por los ladrones, que han matado al postillón, se han llevado los caballos, han desbalijado el coche y salteado á los viajeros. ¿Y los pobres diablos que están en la puerta de la posada con este ademán lastimero? Son los viajeros. ¡Ah! ¿De veras? Y nos despertamos. De modo que es posible. Decididamente, se ve que hemos salido de Francia.

El cazador os deja. Otro se presenta. El que os deja viene á la portezuela y os pide una limosna. Es su paga.

Uno piensa en las monedas de oro que lleva en la faltriquera y le da una moneda de plata. Los pobres dan un sueldo, los avaros un maravedís. El cazador lo toma todo, recibe la peseta, toma el sueldo y acepta el maravedís. El cazador no sabe más oficio que correr los caminos, llevar un fusil y pedir limosna; en esto consiste toda su industria.

Yo me he planteado este problema: ¿Qué sería

del cazador si no hubiese ladrones? ¡Qué pregunta! Se haría ladrón.

Al menos, yo así lo temo. Es indispensable que el cazador viva.

Las dos terceras partes de las aldeas están arruinadas por los carlistas, á menos que no sea por los cristinos. La guerra civil ardía en Guipúzcoa y Navarra hace apenas seis años. En España, la carretera real pertenece á la guerra civil de vez en cuando, á los ladrones siempre. Los ladrones son lo ordinario.

En el momento de entrar en Hernani, la carretera tuerce bruscamente á la derecha. Hay una acera para el peatón que sigue el camino. Muchos campesinos con boina van al mercado á vender sus bestias.

Mientras la diligencia bajaba una pendiente al galope, un pobre buey asustado se ha arrojado entre unas malezas. Un chicuelo de unos cuatro ó cinco años que le conducía le ha tomado la cabeza escondiéndola en su seno, acariciándole dulcemente con la mano. Estaba haciendo al buey lo que su madre le hacía sin duda en su niñez. El buey, temblando por todos sus miembros, hundía con confianza su enorme cabeza adornada de largos cuernos entre los pequeños brazos del niño, lanzando al soslayo una medrosa ojeada á la diligencia, arrastrada por seis mulas, con horrible estrépito de cascabeles y cadenas. El niño sonreía y le hablaba en voz baja. Nada más conmovedor y admirable que ver aquella fuerza brutal y ciega tranquilizada graciosamente por la debilidad inteligente.

La diligencia llega á la cúspide de una colina; espectáculo magnífico.

Un promontorio á la derecha, un promontorio á la izquierda, dos golfos; un istmo en medio, una montaña en el mar; al pie de la montaña una villa. San Sebastián.

El primer golpe de vista es mágico, el segundo es deleitoso. Un viejo faro en el paseo, á la izquierda. Una isla en la bahía, debajo aquel faro. Un convento arruinado. Una playa de arena. Las carretas de bueyes descargan en la playa los navíos cargados de mineral de hierro. El puerto de San Sebastián es un curioso enredijo de complicados diques.

A la derecha, el valle de Loyola lleno de petirrojos, donde el Urumea, hermoso río color de acero, dibuja una herradura gigantesca. En el promontorio norte, algunos lienzos de muralla arrasados, restos del fuerte desde donde Wéllington bombardeó la villa en 1813. El mar se quiebra admirablemente.

En la puerta de la ciudad, una hermosa cartela deteriorada del tiempo de Felipe II contenía, sin duda, las armas de la villa, borradas por alguna revolución á la francesa. Dentro de aquella misma puerta, por encima del cuerpo de guardia, y del centinela, un gran Cristo de madera pintada, derramando luengas gotas de sangre por debajo su corona de espinas. Al lado una pila de agua bendita. Los soldados de guardia tocan la guitarra y las castañuelas.

El aspecto de San Sebastián es el de una villa reconstruída, regular y cuadrada como un tablero de damas.

A falta de edificios que describir, ¿queréis algunos rasgos de costumbres locales?

Mientras estamos comiendo, oigo risas en la calle y rumor de castañuelas. Salgo, y una nube de hombres extraños me rodea; desarrapados, vestidos de andrajos, altivos y elegantes como las figuras de Callot; sombreros de *incroyables* del Directorio; pequeños bigotes; ademán noble, espiritual y desvergonzado. Oigo en torno mío los gritos de: ¡*Los estudiantes!* ¡*Los estudiantes!* Son algunos escolares de Salamanca en vacaciones. Uno de ellos se me acerca, me saluda,

me tiende el sombrero. Yo echo una peseta. Él se levanta. Todos gritan: ¡Viva! Y recorren así el país pidiendo limosna. Algunos son ricos. Pero esto les divierte. En España, el pedir limosna nada tiene de particular. Es costumbre.

Entro en casa de un barbero. Ese artista vive en una especie de cueva. Tres altas paredes y ninguna ventana; una puerta en el fondo. El local está amueblado con un exquisito espejo Luis XV, dos grabados iluminados de Austerlitz y Marengo, un niño y cuatro ó cinco grandes ruedas, como podía haberlas antiguamente en la casa del verdugo. Ese hombre habla cuatro lenguas, huele que apesta y afeita admirablemente. Oid su historia. Nació en Aquisgrán, y habla alemán. El emperador hizo de él un francés y el Imperio un soldado, y habla francés. Los españoles le hicieron prisionero en 1811, y habla español. Casóse en el país con una *basquesa*, como dice, y habla vascuence. Estas son las consecuencias de tener aventuras en cuatro lenguas diferentes.

Un alto y vigoroso vascongado, que me dijo se llamaba Oyarbide, se ofrece á llevar mis efectos. Antes los sospesa.—¡Cuánto pesan!—¿Cuánto quieres?—Una peseta.—Trato hecho.—Se lo carga todo á la cabeza y parece que gime bajo su peso. Encontramos á una mujer, una pobre vieja, descalza, que iba ya cargada. Él le carga todo su fardo sobre la cabeza en la anchurosa cesta que lleva á medio llenar, y vuelve á mi lado. La mujer va andando delante. Oyarbide, con las manos á la espalda, anda á mi lado y me da conversación. Tiene un caballo, y me lo ofrece para una excursión á Rentería y á Fuenterrabía; por un día valdrá ocho pesetas. Llegamos. La vieja pone el fardo á los pies de Oyarbide y le hace una reverencia. Yo doy á Oyarbide su peseta.—¿No da usted nada á esta pobre mujer?, me dice.